



## GEOGLIFO 1, NUESTRO PADRE

*Viviana Briones Valentin*<sup>1</sup>

Pensábamos que nuestro papá sería eterno. Siempre vital, curioso, creador, inagotable, gozador y hacedor de vida. No estábamos preparados para despedirlo, no estábamos preparados para vivir su muerte.

No es fácil escribir sobre su vida y relatar como nos marcó en tantos aspectos de nuestras vidas. Crecimos viendo a nuestro padre recorrer el desierto a ojos cerrados y dialogando con geoglifos y petroglifos a través de lenguajes rigurosos pero a la vez intuitivos y sensibles. Nuestra niñez y adolescencia transcurrieron viéndolo salir a terreno por días o semanas. Entre las ausencias más largas fue su estadía en el Cusco. Meses en donde nuestra comunicación era a través de un radioaficionado. Cada vez que hablábamos con él eran momentos muy emocionantes y esperados. Hace poco Esteban, mi hermano, me contaría que estos episodios no los olvidaría nunca, que habían quedado grabados en su memoria. No nos era extraño, con el pasar de los años, verlo partir a congresos, viajes al extranjero, terrenos a veces más largos de lo pensado. Esa libertad con la que se movía por la vida, haciendo lo que le apasionaba y viviendo a su ritmo cada día como si fuera el último, nos fue acostumbrando a nunca verlo abatido y a fluir liviano por la vida. Como no nombrar a mi madre quién entendió el alma y vocación de mi padre y asumió muchísimas veces la tarea de que el “nido” siguiera funcionando.

Aquella habilidad de fluir liviano no significaba “banalidad”, significaba lo importante de sentir que cada maniobra en la vida debía tener una arquitectura simple, bella e irrepetible. Aquello era tan visible en él. Un ejemplo de aquello era la manera como preparaba sus salidas a terreno. Era una verdadera obra de arte su técnica para armar la carga, allí desplegaba rigurosidad, conciencia de lo indispensable, equilibrios necesarios, junto con su siempre aguda creatividad. Hoy pienso que su vida la vivió de la misma manera, cargó su propia mochila de vivencias y experiencias

con la sensibilidad de un artista. Nunca fue problema para él no tener un vehículo apropiado para su trabajo de campo, versaba en él eso de “si hay solución es que no existe problema”. Recuerdo que tuvo varias camionetas, pero creo que la más memorable fue su camioneta Pony. Recorrió la pampa sin dificultad alguna con aquella menuda camioneta que, vale la pena decir, no era 4x4. Esta manera tan arriesgada de recorrer el desierto sin duda tenía que ver con su carácter aventurero. Pero tengo la sensación de que nada de lo que hacía tenía que ver con el azar. La aventura debía ser planificada y así lo vivimos cada vez que nos llevó a recorrer el desierto. Cuantas veces atravesamos con él la pampa, desde Pica a la costa sur de Iquique. A veces daba la sensación de que lo guiaba solo su intuición, pero no importaba, confiábamos plenamente en sus mapas mentales y en su enorme autoconfianza.

Así como nos enseñó la pampa y sus lenguajes, nos enseñó también a apreciar y experimentar el mar. Nuestro padre amaba tanto la pampa como el mar. Tantos campamentos de verano que no solo fueron nuestras vacaciones, sino que eran también momentos de aprendizajes. El papá nos enseñó a vivir la playa y el mar de una manera simple, casi como queriendo experimentar y reproducir la vida de los antiguos habitantes de esas costas. Vivir en Arica significó por años fines de semana playeros. Recordarlo tan feliz cuando buceaba o simplemente cuando nadaba mar adentro sin temor alguno. Era como un lobo marino, fluía tan bien en el mar. Verlo nadar estilo mariposa era impresionante. Así como impresionante era verlo bucear con tanto entusiasmo. Esteban aprendió desde joven a bucear con el papá y sé que para él ha sido uno de los aprendizajes más bellos que pudo haber tenido con nuestro padre. El papá vivía el mar sabiendo de sus lenguajes, movimientos y gestos. El mar para él era confianza y respeto.

<sup>1</sup> Departamento Estudios Humanísticos, Universidad Técnica Federico Santa María, Santiago, Chile. viviana.briones@usm.cl; tarapaca.briones@gmail.com

Entre terrenos y mar, hubo un lugar en donde también lo vimos feliz. La Universidad de Tarapacá fue más que una oficina. Era el espacio que lo conectaba con lo que era el papá por esencia, profesor. La vida universitaria, por lo tanto, formó parte de nuestras vidas casi como un segundo hogar. Conocimos el Campus Velásquez desde niños y aprendimos a movernos con total libertad entre salas de clases, parques y talleres de arte. Con él también haríamos nuestro el Museo San Miguel de Azapa. Parte de nuestras vidas fueron entre momias, mapas y vitrinas de exposiciones. Crecimos entre arqueólogos, antropólogos y especialistas notables en asuntos y temáticas prehispanas. Al papá también lo veríamos navegar con fluidez en este espacio. Nunca lo vimos desmotivado en su trabajo de investigación. Siempre lo vimos vital, comprometido y entusiasta con las tareas y responsabilidades que iría adquiriendo en su vida profesional y académica. Cuando no estaba en trabajo de campo, el papá nos involucró siempre en sus quehaceres universitarios y aquello también tendría un impacto en nuestra formación política, especialmente en mí. Crecimos en dictadura y el papá supo silentemente sobrevivir a aquellos años. Supimos con el tiempo sus pérdidas y penas. Personalmente fui reconociendo cómo a través de su vida profesional iría dando señales de su amor por la vida y su trabajo por la justicia. Iría entendiendo de él la potencia de las palabras “coherencia” y “consecuencia”. Cuan generoso lo vimos siempre cuando se trataba de compartir saberes, conocimientos y experiencias. Y fue así como iríamos reconociendo en él la figura de un “maestro”, fundamentalmente porque supimos de como iría impactando la vida de tantos y tantas estudiantes de arte, de historia, de antropología y arqueología.

Para mí, el papá fue guía, fue sustento y fue inspiración. Supo orientar mis habilidades, validó con su generosidad y optimismo cada una de mis aventuras. Nunca escuché de su boca un “no es posible”. Nada era un fracaso para él, solo eran experiencias y aprendizajes. Me propuso estudiar la carrera de Pedagogía en Historia cuando mi frustración era mayúscula por no poder entrar a estudiar Antropología. No se equivocó cuando me dijo que a veces los comienzos debían ser sutiles y pacientes. Cuando yo estudiaba el Magister en Historia en Santiago, le pregunté porqué no había decidido hacer un doctorado. Su respuesta fue simple: “no necesito un doctorado para lo que hoy sé y soy”. Su respuesta no tenía que ver con displicencia o arrogancia. Respetó muchísimo a sus colegas que en la gran mayoría sería Ph.D. en algún área y muchos

eran amigos del alma. Solo que para él aquello no era estimulante. Esa respuesta marcó profundamente la manera en cómo viviría mi vida profesional y algunas de las decisiones que tomaría con el tiempo respecto a mi carrera académica. Finalmente, desde mi padre haría mía la vivencia de la simpleza en el saber, lo necesario de la generosidad en lo aprendido, desafiar y distanciarme siempre del ego intelectual y lo más importante, descubrir mi vocación de profesora en un contexto que conocía desde niña, la universidad.

Para mi hermano el papá fue decidir en su vocación profesional. En alguna ocasión el papá le habría contado sus ganas cuando joven de haber estudiado geología. Cuánto habrá resonado aquello en la cabeza y corazón de Esteban. Hoy es un apasionado y riguroso geólogo. El papá traspasó mucho conocimiento a mi hermano, sobre todo esos saberes que solo la experiencia puede generar. Esteban hoy conoce el desierto de una manera sorprendente y es absoluto heredero del carácter aventurero de nuestro padre. No busca geoglifos ni rutas caravaneras. Busca como está compuesta esta tierra que nos acoge. Como sea y aun cuando buscaban cosas distintas, siento que en mi hermano vive mucho de mi padre, mira la pampa como mi padre lo solía hacer.

Fue un orgullo verlo recibir premios, verlo publicar sus libros, que como él decía no tenían pretensión de ser doctos ni de lenguaje difícil, debían ser libros de lectura simple, pero de mensajes importantes. Sentimos orgullo de verlo convertirse en Hijo Ilustre de Arica, pero sabemos cuán importante para él fue ser nombrado Hijo Ilustre de Pica. Se hizo natural verlo en programas de televisión de difusión cultural, especialmente en los documentales de *Al Sur del mundo* o la *Tierra en que vivimos*. Curioso, pocas veces como familia pudimos verle dictar sus charlas o ponencias. Personalmente estuve presente en unas cuantas ponencias, pues nos encontraríamos en Congresos, él desde la arqueología y yo desde la historia. Me emocionaba como mostraba su alma pedagógica, su sensibilidad en el relato y su profundo conocimiento de los temas que le apasionaron hasta días antes de su muerte.

Unas de las cosas que le maravillaba era la tecnología. Desde su casa en Poromita, en esa vida simple a los pies de la Pampa del Tamarugal y con Cerros Pintados en el horizonte, el papá descubrió que la tecnología podía ayudarle a seguir caminando por el desierto, costa, quebradas y altiplano. Google Earth se transformó en una obsesión. Pudimos verlo horas siguiendo una ruta caravanera con una concentración envidiable y frustrase cuando la perdía. Pudimos verlo

asombrado cuando descubría desde el aire algo que no sabía que existía. Siempre decía que si hubiese tenido esta tecnología años atrás cuan fácil hubiese sido el trabajo de campo. Pero luego reflexionaba diciendo que no cambiaría por nada aquellos años de terrenos, donde la creatividad, sumada a la estricta disciplina y la cuota de sensibilidad necesaria para entender cómo se logró vivir y sobrevivir a ese espacio entre los Andes y la costa, dieron igualmente sus frutos con creces.

Supimos claramente que para él no se trataba de encontrar geoglifos y luego ficharlos, catalogarlos, numerarlos, fotografiarlos, dibujarlos y/o hacerlos artículos. Lo importante para el papá era la conservación de esos lenguajes que tanto quiso comprender. Aquella tarea de restauración era primordial para luego velar y trabajar de manera incesante por la conservación de aquellas señales y diálogos ancestrales. Cada vez que sabía que algunos de esos lugares habían sido dañados, ya sea por ese turismo irresponsable, por maniobras militares o por la irresponsabilidad, ignorancia y prepotencia de personas que los profanaban montados en sus motos o jeep, podía enrabiarse tanto como a la vez sentir profunda desolación.

Tenía tantos proyectos aún en su cabeza. Él decía que quería solo 10 años más para terminar lo pendiente. Su necesidad de seguir educando a las nuevas generaciones, divulgando saberes, descubriendo desde la tecnología, releyendo lo escrito, redefiniendo conexiones e interpretaciones, ordenando sus libretas de campo, seguir trabajando en equipo como tanto le entusiasmaba, comprometerse una y mil veces con la vida y quehacer cultural de Pica y así, incansable y optimista hasta cuando entró confiado a la sala de operaciones.

El papá era mucho más de lo que he podido relatar. Cada frase duele, cada recuerdo encoge de pena el alma. Entre su enorme sabiduría, sus experiencias de

vida y su optimismo contra viento y marea, nunca hablamos como familia sobre la muerte. Menos aún sobre “su muerte”. Era impensado porque el papá era eterno, era fuerte, era quien nos amalgamaba, era quien siempre con su “calma y tiza” o en su enojo intenso nos mantuvo a salvo, nos cuidó de muchas maneras, y fue feliz viéndonos crecer, hacer familia, recibir en su vida a sus nietos, siendo esto último creo algo que siempre lo hizo muy feliz.

No puedo hablar de mi padre, nuestro padre, en lenguajes académicos y científicos. Y le pido al o la posible lectora pueda haber sentido que Luis Briones Morales esencialmente fue un hombre simple, pero con grandes pasiones. Cada lugar y rol en donde la vida lo puso lo vivió de manera sencilla pero abundante en gozo y sentido. Fue el profesor de Arte que migró con respeto y entusiasmo al mundo de la arqueología. Hacedor de conocimientos, historias y experiencias. Que usaba técnicas y metodologías científicas, pero era su alma y sabiduría la que finalmente hablaba y escribía. Eligió vivir donde sus ojos pudieran ver, lo que él decía “era la curvatura de la tierra”. Desde ese lugar llamado Poromita siguió educando y trabajando en sus proyectos al ritmo de los ciclos de la naturaleza. Cuando necesitaba del mar para limpiar el cuerpo y alma, bajaba a la costa como en un rito sagrado. El mandato para el papá era que todo debía hacerse con sentido, desde el trabajo hasta la contemplación de una puesta de sol.

Agradezco haber sido invitada por la revista *Chungara* a escribir sobre mi padre, permitiéndome hacerlo con el alma y corazón como guía. La voz en este escrito no solo es la mía sino también debía ser portadora de la voz de mi hermano, Esteban.

Papá, aun cuando sabemos no volverás de este “terreno”, siempre guardaremos en un rincón del alma la posibilidad de tu regreso.

